



**LOS FEMINISMOS EN LA CULTURA CONTEMPORÁNEA
SEGOVIA, 20 DE ABRIL DE 2018**

*Las mujeres no queremos el poder para ocuparlo
sin más; queremos cambiar el mundo utilizando los
recursos del poder que nos han sido negados.*

Anna Caballé

El viernes 20 de abril de 2018 se celebró, en la Casa de la Lectura de Segovia, una importante jornada de pensamiento y reflexión bajo el epígrafe “Los feminismos en la cultura contemporánea”. Organizada por “Clásicas y Modernas. Asociación para la Igualdad en la Cultura”, contó con la colaboración del Ayuntamiento de Segovia y el patrocinio del Instituto de la Mujer y de la Dirección General de Industrias Culturales y del Libro (MECD). La idea de la Jornada nació de la petición de las socias más jóvenes de CyM ante la diversidad de corrientes, asociaciones y líneas de actuación que hallamos bajo un mismo paraguas conceptual, “feminismo”. Y de ahí que lo tituláramos feminismos, poniendo el énfasis en la idea de pluralidad. Incluso el concepto de igualdad está sometido ahora mismo a muchas interpretaciones. Mientras que para algunas corrientes la cuestión se centra en reivindicar la igualdad salarial y aumentar la presencia de las mujeres en los consejos de administración, para otras corrientes el feminismo es un pensamiento transformador que naturalmente incluye la igualdad entre hombres y mujeres en sus reivindicaciones.

Por ello, el compromiso de CyM ha sido presentar, mediante un diálogo que por fortuna no ha estado exento de polémicas, distintos enfoques, distintas experiencias y la puesta en común de distintos recorridos feministas, una agenda activa que establezca, de un modo eficaz, parámetros capaces de alcanzar una mejor justicia social siempre demorada.

Si bien el pasado 8 de marzo supuso para España, y para Europa, una imagen irreversible de la nueva hegemonía adquirida por el feminismo, las situaciones siempre son complejas. Y las propias inercias históricas así como la tendencia de las estructuras canónicas a neutralizar toda actuación que exprese un deseo de transformación y no un mero y tantas veces oportunista reajuste, exigen estrategias eficaces que garanticen la igualdad porque horaden la raíz que sigue permitiendo la desigualdad. Pero sobre todo exige pensamiento.

Nuestra Jornada comenzó con la intervención de la Alcaldesa de Segovia, Clara Luquero, en cuyo discurso destacaba la importancia de diseñar los planes políticos de las ciudades a partir de una perspectiva de género. Dado que Segovia es una ciudad donde la Cultura tiene un valor estratégico, es una verdadera seña de identidad de tales políticas, no se concebirían estas sin la preponderancia ejemplar de políticas culturales igualitarias. Al agradecimiento a CyM por haber elegido Segovia para celebrar la Jornada, y por su trayectoria cultural, igualitaria, europeísta y respetuosa, se sumó el ofrecimiento de la ciudad para seguir colaborando en la creación de un marco de convivencia cívico donde la igualdad y la cultura sean términos que fructifican en nuevas maneras de habitar lo común.

Siguieron las palabras de Anna Caballé, presidenta de CyM, quien agradeció que Segovia hubiera acogido el encuentro siendo como es una ciudad que destaca, desde hace años, por sus políticas de igualdad. La *joint venture* no podía ser más apropiada. Partió del hecho incuestionable de lo que ha significado el 8-M para España, para Europa y para el mundo viendo en el éxito masivo de la convocatoria una brecha de oportunidad

política que hay que aprovechar. Es un acto de responsabilidad y compromiso pensar ahora en aquellas estrategias que no solo mantengan su fuerza en un futuro inmediato sino que se propongan proyectar el feminismo como un proyecto de ciudadanía. Planteó las razones sobre las que se había trazado el esquema general de los diálogos intergeneracionales de la Jornada: por una parte, el hecho de que las mujeres somos las principales consumidoras de la producción cultural de nuestro país (cine, teatro, literatura, exposiciones, conferencias) y, sin embargo, el protagonismo de la creación de las mujeres es poco relevante respecto al que siguen manteniendo los hombres vinculados a la cultura. Las propias políticas públicas insisten en reiterar esta injusticia histórica cuando, por ejemplo, todo lo que atañe a la cultura y a las mujeres creadoras se considera, en la mayor parte de los ayuntamientos, como actividades previstas por las concejalías de asuntos sociales o de igualdad y no en la concejalía de cultura que es la que les corresponde. Volvió a destacar que el ejemplo de Segovia tendría que tenerse en cuenta. Su intervención se sintetizó en la frase con la que la cerraba: si las mujeres queremos el poder no es para repetir los errores del pasado, sino para cambiar el mundo porque no nos gusta cómo va. Lo queremos más justo, solidario, culto, respetuoso, ecológico y libre.

Cerró la apertura de la Jornada Raquel Crespo, subdirectora del Instituto de la Mujer, quien fue generosa en halagos hacia CyM, por su nivel intelectual, cultural y por su firme reivindicación sociocultural. Y por ese gesto contenido en la página web de la Asociación, al tener presentes clásicas y modernas en su frontis. Lo mencionó como una declaración de principios: el reconocimiento a las mujeres que nos han precedido en la lucha por la igualdad. Apelando, de nuevo, a lo que ha significado el 8-M, recordó que la propia Comisión Europea ha destacado que el empoderamiento de las mujeres es fundamental para el futuro de Europa. Insistió en los datos bien conocidos de que, a pesar de estar las mujeres, en muchos casos, mejor formadas que los hombres, siguen siendo minoría en los lugares decisorios del poder, sigue abierta una importante brecha salarial entre mujeres y hombres, lo que ha llevado, de un modo perentorio,

a que se impongan medidas para combatirlo. Acabó su intervención señalando que está en marcha una nueva revolución, y que es la cultura la quien ha de abanderarla.

El primer diálogo, con el título *Sexismo, androcentrismo, género y patriarcado: repercusiones en la creación literaria*, fue moderado por la política y catedrática Marina Gilabert, y tuvo como ponentes a las filósofas y escritoras Rosa María Rodríguez Magda y Victoria Sendón de León. Marina Gilabert planteó el debate lanzando la pregunta de cómo gestar una nueva mediación hacia espacios de libertad e igualdad. Rosa María Rodríguez Magda analizó la trayectoria de conceptos básicos del feminismo, al tiempo que recorría el “deambular” de la noción de “género”, desde lo que significa que, en 1949, Simone de Beauvoir proclame en *El segundo sexo*, que no nacemos mujer, sino que es la cultura la que nos hace serlo, erradicando con ello el determinismo biológico. Recordó cómo el feminismo se configuró interpelando tanto al marxismo como al psicoanálisis clásico, hasta llegar a la llamada “tercera ola”, donde los conceptos se ven insertos en el debate posestructuralista y posmoderno sin que se haya construido antes, con solvencia, un espacio de igualdad. Si hoy día ciertas corrientes consideran que no se puede seguir hablando de “mujeres”, porque ser mujer es algo “superado”, ¿no se está, una vez más, haciendo desaparecer a las mujeres?, ¿acaso no es la fragmentación y la diversidad, una nueva estrategia para que las mujeres no estemos en el espacio público? La noción de género puede ser un “edulcorante” para no tener que hablar de feminismo. Es necesario construir un “nosotras” más allá de la identidad sexual, más allá de un concepto de “mujer” monolítico. Porque lo fundamental del feminismo es el pensamiento crítico emancipador, no el sexo. Se puede nacer hombre o mujer, pero se trata de conseguir hacerse persona. Victoria Sendón de León, referente inexcusable del feminismo de la diferencia en España, resaltó el patriarcado como la estructura básica sobre la que se ha fundamentado la sociedad, lo que crea una visión unidimensional, competitiva, violenta y capitalista (“el machismo es un síntoma del patriarcado, como lo es la guerra o el blanqueo de capitales”). Tomando como referencia un concepto

procedente de la física cuántica, reclamó frente a los modelos binarios que se basan en una confrontación (tanto la cultura escrita con C de la cultura latina, o con K, de la cultura germánica), una cultura concebida con “Q” (del latín *quantum*), es decir partiendo de cuánta cantidad de energía política es necesaria para que el mundo sea concebido desde una perspectiva global, no binaria sino abarcadora. “Ha comenzada la era del *postgénero*”, declaró.

Un intenso debate vino a culminar las dos brillantes intervenciones: la disolución del feminismo y la preponderancia del género, dudas en torno a esta cultura con “Q”, la conveniencia de sustituir el concepto de patriarcado (“la noción de patriarca ha desaparecido”), por el de “fratriarcado”: término propuesto por Rodríguez Magda y definido como los clanes de varones que se unen defendiendo la vigencia de su estatus. Clanes que ejercen no solo una violencia contra las mujeres sino también sobre otros varones a los que se presiona con las supuestas ventajas de un arquetipo viril de poder. En definitiva, el patriarcado, cuando actúa como fraternidad, acaba oprimiendo a hombres y a mujeres dado que transforma las diferencias en desigualdades, instituye la guerra y desprecia la Naturaleza desde el intento de dominio de la misma. Fue Victoria Sendón quien habló del pacto de silencio en relación a la cultura femenina. “¿Los hombres nos leen? Yo creo que no”. Sendón matizó que el patriarcado es nuestra civilización de referencia y su estructura es fractal, quiere decir que se adapta a los tiempos. Una consecuencia de ello es la hipertrofia del ego masculino y la atrofia del ego femenino.

El segundo diálogo discurrió bajo el título “*Adentro las ventiscas, que se renueve el aire*”: *Feminismo e industrias culturales*, aludiendo a la frase de Carmen Martín Gaité en *Entre visillos*. Anna Caballé fue la moderadora del diálogo entre Mercedes Bengoechea y Pilar Vicente de Foronda. Mercedes Bengoechea, catedrática de Filología inglesa y experta en estudios de género, destacó la prácticamente inexistente presencia de escritoras en los planes de estudios universitarios, especialmente en los de Grado. No hay mujeres en los programas académicos porque hay muy pocas mujeres

reconocidas por la “alta cultura” (que sería la cultura con C o la cultura con K de las que hablaba Victoria Sendón). No aparecen sus obras, sus aportaciones, su bibliografía. Se añade el hecho de que, en la universidad española, no se ha producido un relevo generacional relevante: la disminución de la carga docente por la falta de alumnado en las carreras de letras, la falta de alicientes para una jubilación anticipada y la congelación de nuevas plazas, hace que no se produzca el necesario relevo generacional que permitiría “que entrara la ventisca” renovándose el aire. Hay una Ley de Igualdad, continuó, que de aplicarse obligaría al conocimiento y estudio de la obra de las creadoras. Una vez más, no se aplica y no pasa nada. Recuerda que, precisamente, CyM se fundó para impulsar el cumplimiento de la Ley, pero en instancias como la universitaria las preocupaciones “siguen siendo otras”. Señaló, con gran precisión, que existen distintos planos educativos, en la universidad, que podrían resolver esta injusticia histórica, intelectual, de los grados a los másteres. Respecto a estos últimos, así como a estudios vinculados a los mismos, explicó que la universidad española desarrolla varios tipos de itinerarios con sus pros y sus contras:

1.- Másteres dirigidos a “femócratas”, esas personas tan necesarias porque van a incorporar, en su acción pública, ciudadana, perspectiva de género. Pero ocurre que la generalización del discurso de género se ha institucionalizado tanto que los y las más jóvenes podrían identificarlo con “la casta”.

2.- Másteres dirigidos a profesionales. Son divulgativos, pero no cambian las estructuras.

3.- Los cursos de postgrado desarrollados en relación con empresas (pone como ejemplos los de Dragados y Construcciones o Iberdrola).

Mercedes Bengoechea los considera “postfeministas”, muy conservadores ya que el alumnado llega situado frente al feminismo, evita la “victimización”, etc. Pero su percepción es que salen de tales estudios con una conciencia feminista importante, aunque sea muy individualista, poco grupal.

4.- Los másteres de estudios de género. El posible problema es que no son cerrados, y en su multiplicidad de contenidos hay distintas formas de

activismo, siempre heredadas del feminismo, pero incorporando elementos nuevos a este, desde la diversidad a la subversión.

Destacó, como altamente positivo, que las personas más jóvenes que se podrían, directa o indirectamente, inscribir en un grupo de las características del anterior, poseen gran capacidad de reacción, valentía, y están convencidas de que la cultura es un espacio para transformar el mundo. Las jóvenes tienen su propia agenda, son partidarias de la antiglobalización; no se las puede reconocer, a veces, porque no están en la política como se ha estado hasta ahora. Y no son “exclusivamente feministas”: para ellas, tan importante es el feminismo como la discriminación, la globalización, etc. Y “las mayores tenemos que saber dónde situarnos en relación a ellas”. Para las jóvenes feministas la incertidumbre es su forma de estar en el mundo, y eso requiere un replanteamiento claro de conceptos y estrategias.

Pilar Vicente de Foronda, escultora, agente de igualdad y gestora cultural, quiso situar su intervención en lo que llamó “la parte práctica”. Se definió como una “mujer puente” que asume la idea de Celia Amorós cuando define el feminismo como una teoría política a la par que un movimiento social. Desde la independencia de un lugar elegido, dijo Pilar Vicente, ella se ocupa de que haya mujeres en los espacios públicos, “aunque no sean feministas”. Apeló a la necesidad de señalar, con claridad, que el propio modo de entender la cultura sustenta la violencia de género al marginar a las mujeres, lo que impide que pueda construirse épica propia. Puso ejemplos de su contribución para que se vean sobre la escena, en las salas de exposiciones, etc. Y compartió la experiencia de la reacción que encuentra cuando imparte un máster de violencia de género y cuenta todo esto, cuando siguen faltando mujeres donde mirarse porque hay una colonización cultural que hace que la cultura masculina sea la única relevante. Frente a esta colonización, Pilar Vicente de Foronda, presenta “medidas culturales” en las concejalías de igualdad para que estas consignan impregnarse de puntos de vista distintos. Puso como ejemplo la exposición *Traficadas*, sobre los bebés secuestrados en el franquismo, señalando que se trata de un caso claro de

violencia contra las mujeres que, sin embargo, no se reconoce como tal, cuando hoy día hay más de 35.000 identidades falseadas en España. Sin embargo, en otros países, como Argentina ya se han reconocido los casos de secuestros de bebés. En España no es así, consideró. Pero en conjunto estas acciones están aportando una “épica distinta”, esa “épica de las mujeres” que sigue sin estar en los museos. Ha entrado la cuota, dijo, “pero no en la realidad”. Y, desde luego, no en la industria cultural porque la parte oculta de las industrias culturales no es igualitaria, y está planteada para que siga repitiéndose el esquema que excluye del mercado a las mujeres: la industria cultural es “machista, neoliberal”. Desde su punto de vista, ya se ha acabado el discurso académico y el político, que informa, especula pero no es capaz de cambiar las estructuras: “hay que quebrar las instituciones”, “necesitamos la mitad de la pasta”. Dado que la subversión es una reacción ante el no tener nada, frente al hecho de no haber tenido la posibilidad de ejercer el poder, lo que caracteriza a generaciones enteras de mujeres jóvenes que, por esa razón, sobreviven es que son integradoras. Y si “hay que tomar las Academias” es porque “la visibilidad solo se obtiene con el poder”. Y ejercitar el poder, cuando se tiene, es ayudarnos a que las mujeres podamos llegar a él, ante la situación –ya señalada por Mercedes Bengoechea- de incertidumbre que define nuestros días.

El debate mantuvo un tono entre la complicidad y la acción: las mujeres llenan las facultades de letras, pero no hay tantas mujeres en los programas de estudio. Entonces, “¿qué estamos transmitiendo?”. El feminismo ha cambiado la cultura como lo han hecho otros grandes movimientos que se han integrado en el sistema cultural modificándolo desde dentro, pero el feminismo se encuentra con fuertes resistencias para conseguirlo. Y al no haber una ética pública que se obligue a los cambios que demanda la sociedad, eso complica las relaciones de poder. Que una mujer joven triunfe obteniendo un premio cultural, por ejemplo, o consiga entrar en las instancias culturales “de poder” no es garantía de continuidad, lo que, en general, sí ocurre con los hombres. Se van ganando territorios, pero esos mismos territorios generan un boicot hacia las mujeres. Se logra que las

mujeres sean “la mitad” de las docentes entre el profesorado, entre las periodistas, pero entonces surgen nuevos “poderes” que acaban boicoteando el logro. “Hemos salido de casa, pero no somos la mitad de nada”. La industria cultural es un nuevo “mecanismo de control” contra la igualdad, porque está fomentando la cultura femenina desde la precariedad, no desde la supuesta “industria”.

El tercer diálogo, *Feminismo y memoria*, se entabló entre las dramaturgas Jana Pacheco, Noelia Adánez y Fiorella de Giacomi. Jana Pacheco destacó la necesidad de “agradecer” a las mujeres que nos han precedido escribiendo sobre ellas, desde ellas, con ellas. No solo hay que escribir y agradecer a las mujeres del mundo de la cultura, del pensamiento, etc., sino a aquellas que “sin ser famosas, son fundantes”. Si bien es difícil hablar de lo que no se ha vivido, es necesario, para las mujeres, contar, decir, compartir. Puso distintos ejemplos, como el de María Gimeno y su *Queridas viejas, reeditando a Gombritz*, y señaló que si bien hay ahora bastantes obras escritas, dirigidas y producidas por mujeres, siguen predominando, solo, en los circuitos alternativos, en los circuitos *off* (tesis ya defendida por Pilar Vicente). Se destacó la importancia de estar asistiendo a nuevas propuestas temáticas desde que las mujeres se han incorporado a esta escritura escénica. Y compartió propuestas de acción como la iniciativa *Mi sofá es un espacio público. Mujeres de cuerpo presente*, nacida de la idea de intercambio generacional, y de la necesidad de dialogar y dudar “en voz alta”. Noelia Adánez expuso su experiencia con “Teatro del barrio”, cooperativa de consumo cultural. Expuso proyectos como *Mujeres que se atreven*, y lo que supone un éxito de público en cuanto demostración de la necesidad de propuestas como su *Emilia*, inspirada en Emilia Pardo Bazán, o el proyecto *Gloria*, inspirado en la poeta Gloria Fuertes. “En un contexto de crisis, de deslegitimación del sistema, hay un hueco para intervenir”. Pero, desde el punto de vista de Noelia Adánez, ciertos debates siguen siendo más propios de los años 90 que del presente: “la independencia está sobrevalorada en cultura”, de aquí su experiencia-propuesta cooperativista.

Se está creando una genealogía de las mujeres recuperando y revisitando figuras como María Zambrano, Camille Claudel, Gloria Fuertes, Virginia Woolf, Carmen de Burgos, Emilia Pardo Bazán, etc., lo cual es altamente necesario y positivo. Pero “ser una mujer empoderada no significa ser feminista”. El feminismo tiene una “ética pública” fundamentada en la solidaridad. Tomando esta idea, Fiorella de Giacomi habló del elenco “trans” de, por ejemplo, *El mal de Évora*, y de las mujeres que dejan de crear porque no soportan la presión de “críticas hechas desde el canon”, de modo que también hay que exponer espacialidades, corporeidades que transcurran “fuera del canon”.

El diálogo propició un enriquecedor debate en el que aparecieron ideas como “el cambio ha de llegar desde nuestros lugares de poder, sean familia o magisterio”, “nuestro lugar de resistencia es el contagio, es *la peste*”. Las mujeres responden de manera distinta tanto en la dramaturgia como en la recepción, son autoras distintas y son público distinto. Y hay que ser precavidas con la idea de empoderamiento, porque el empoderamiento puede suponer el mero hecho de ingresar en el poder “canónico”: no todo ha de dejarse en manos de las instituciones.

El último diálogo, “*Me too*”: *Los problemas que ya tienen nombre o Diseño de un nuevo plan intergeneracional feminista en la cultura*, lo sustentaron María Luisa Balaguer, catedrática de Derecho constitucional y magistrada del Tribunal Constitucional, y la filósofa Alicia Miyares, moderadas por Anna Caballé. Esta última destacó la importancia de disponer de un espacio de denuncia, de visibilización de los abusos sexuales que hasta ahora no disponían más que de espacios marginales y altamente sospechosos. María Luisa Balaguer, quien se ha interesado en su obra por una genealogía feminista de la ley, señaló que el feminismo es ante todo una teoría política que arraiga en plena etapa de depresión política. El patriarcado, señaló, se independiza, como lo hace cualquier ideología, de sus orígenes cuando lo necesita para seguir incidiendo socialmente. Y el poder tiene que ser generoso con los que le precedieron: quien llega a él está

sosteniendo un pasado, una genealogía, y por tanto debe un agradecimiento a la tradición. Para el feminismo esto es un deber moral, aunque debe ser igualmente generoso con el otro y buscar el consenso, amplios consensos para que los pactos de convivencia sigan teniendo el sentido con el que se fundaron. El caso más claro, desde su punto de vista, es el de la Constitución española, que debe reformarse con una perspectiva de género, que no tuvo en su fundación, para que el cuerpo de la mujer, como ciudadana, esté “constitucionalizado”. Su derecho a una vida sin violencias sexistas y sexuales debe ser reconocido. El derecho es un instrumento, y por ello tiene que ser perfecto. Su “perfección” está en poder ser un instrumento eficaz: sirve para solucionar conflictos, pero políticamente ha de materializarse en decisiones. Y en esa materialización está la “constitucionalización” del cuerpo de las mujeres, definiendo temas que afectan, de un modo evidente, a su identidad. Por su parte, Alicia Miyares, habló de la agenda pendiente del feminismo de la cuarta ola, de un feminismo democrático. Para ella, el feminismo es fundamentalmente una teoría política y la hipersexualización actual de ciertos feminismos está marginando este hecho fundamental. Repasó las distintas “olas feministas”, señalando que cada ola “trae consigo su propia resaca”: la primera ola, la del feminismo ilustrado, trajo la resaca naturalista; la segunda ola, el feminismo sufragista, el dimorfismo sexual; el feminismo contemporáneo, neoliberal, ha traído consigo el dominio de la subjetividad transformando lo que debería ser una teoría política en un feminismo impresionista, emocional, apoyado en los sentimientos y por tanto edificado sobre una mentira: la categoría política de las mujeres no existe. Desde su perspectiva, esto es un neofeminismo reaccionario porque es reactivo y viene a despolitizar el movimiento de su impulso transformador. Utiliza términos como “libertad” solo para expresar solo deseos, no derechos. Confunde la libertad individual con la lucha estructural, que es la que genera la desigualdad efectiva. “La diversidad y la identidad combaten la discriminación, pero son inoperantes ante la desigualdad” generando “mecanismos de insolidaridad” porque no hay un trasvase claro, un puente

claro de lo individual hacia lo social. Considera que el mayor mecanismo de solidaridad sería ser capaces de crear un “nosotras”, al que también había hecho referencia Rosa María Rodríguez Magda. Un “nosotras” que se ofrece a revisar conceptos y a situar, de nuevo, el feminismo como sujeto político. De lo contrario, se mantendrá una institucionalización conceptual que provoca el “espejismo de los conceptos y de los temas”. Queda, pues, por plantear la agenda de la “cuarta ola del feminismo”, una agenda que parte de la agenda inconclusa de la ola anterior. Y señaló la urgente necesidad de revisar los conceptos que acaben con la desigualdad al ser nombrados en terminología de nuestros días: hay que abolir la explotación, hay que hablar de violencia simbólica, de que la brecha salarial es una expresión más del acoso laboral y de la violencia retributiva que sufren las mujeres. Defendernos mediante ese “feminismo emocional” que permite el mantenimiento de estructuras proclives a la desigualdad, es un error que nos puede costar muy caro.

La Jornada concluyó con un primer resumen de todo lo acontecido a cargo de Marifé Santiago, escritora y filósofa, vicepresidente de relaciones institucionales de CyM, y con las palabras finales de Raquel Crespo.

Las líneas avanzadas en aquel resumen se completan ahora con la última parte de este informe, que atañe a los compromisos adquiridos en la Jornada:

1.- Es necesario actualizar el marco teórico del feminismo para neutralizar cualquier vuelta atrás, pero también para insistir en la importancia del concepto de igualdad frente al de identidad. Todas las ponentes, desde diferentes perspectivas, coincidieron en el interés del patriarcado/fratriarcado en forzar el discurso identitario de las mujeres, es decir en vernos y en que nos veamos antes como mujeres que como ciudadanas. Hay que potenciar la ambición política del feminismo.

2.- Por debajo de “los feminismos”, entendidos como un debate permanente y no como una doctrina, existe la necesidad de visibilizar un nosotras que debe potenciarse, junto o en paralelo a los movimientos LGBT, pero que, en todo caso, exige un reconocimiento singular. Si el feminismo asume el concepto de diversidad y se alinea con la teoría de las emociones corre el riesgo de quedar difuminado en la defensa de los diferentes colectivos discriminados.

3.- El feminismo debe encontrar una senda común y participativa para mantener vivo el diálogo intergeneracional. La cultura es un lugar estratégico para lograrlo.

4.- Debemos aprovechar la emergencia social del movimiento, incluso su proceso de gentrificación (señalado por Victoria Sendón) para concretar avances efectivos y puesto que, en nuestros días, se dan circunstancias que la historia desconocía, es el momento de aprovecharlas para que se propicie un cambio revolucionario y no solo una posible “corrección del sistema”.

5.- Integración. El cambio implica a hombres y mujeres porque el feminismo es un modo de reordenar los espacios humanos en beneficio de un concepto global de ciudadanía. La unidad de las mujeres debe ser política, no esencial.

6.- Si bien la teoría es necesaria, las mujeres llevamos mucho tiempo, desde diversas disciplinas, analizando el sexismo, la invisibilidad, la demora histórica y considerando las diferentes reivindicaciones como agenda inmediata. Ha llegado el momento impostergable de dar un paso más: exigir un cambio en las estructuras habituales de reiteración de la desigualdad incorporando a las mujeres en la transmisión, conservación y creación de conocimiento, y en la construcción del espacio de lo

común. Hay que velar, entonces, y de modo prioritario por el cumplimiento de la Ley de Igualdad.

7.- Resulta ya impostergable el lograr una igualdad de género en la cultura que implica propiciar la inclusión, en los currícula académicos, de las aportaciones de las mujeres. Y exigir la presencia de las mujeres en los órganos decisorios de las políticas culturales, y su representación en las instituciones, de cara a garantizar un reparto presupuestario adecuado y equitativo.

8.- Crear puentes para que la cultura sea un eje central y pueda generarse un discurso de las mujeres para la cultura desde la cultura, demostrando que cultura y pensamiento han de ir unidos.

9.- Convocar, el año próximo, una nueva Jornada de pensamiento y reflexión para analizar y valorar los avances en los puntos señalados en el resumen prospectivo de esta primera jornada, como ruta hacia la igualdad. Dicho encuentro se desarrollará bajo el amparo del Instituto de la Mujer, aceptando CyM el ofrecimiento hecho por Raquel Crespo, subdirectora de la institución.

En Segovia, abril de 2018